

VICENTE MEDINA Y MIGUEL DE UNAMUNO A TRAVES DEL PAISAJE

P O R

MARIA GIMENEZ PRECIOSO

Casi toda la bibliografía sobre Vicente Medina ha puesto de manifiesto a lo largo de los años la vinculación del poeta de Archena con la literatura de su tiempo, evidenciada sobre todo a través de documentos y referencias de escritores de la época, desde Clarín a Unamuno y a José Martínez Ruiz. En relación con estos dos últimos autores, hay que destacar igualmente el interés que los críticos especializados han mostrado por la relación Medina-generación del 98, y más concretamente Medina-Unamuno.

Recientemente, Juan Barceló Jiménez, en uno de los pocos artículos dedicados al poeta archenero, ha hecho referencia a esta cuestión que sintetiza con estas reveladoras palabras: «Si nos fijamos en la fecha de nacimiento de Medina —1866— vemos que siguiendo una técnica generacional, en cuanto al factor cronológico, tendría cabida entre los del 98 [...]. Es curioso, porque si Medina no tiene contacto literario directo con este grupo generacional sino en contadas ocasiones, fue su obra, por otra parte, muy estimada por los del 98, y acaso podríamos pensar que dadas las inquietudes del poeta murciano, de no haberse dedicado a la poesía regional, o quizás si cuando llegó a Madrid por primera vez hubiera tenido mayor contacto con los de la generación del 98, hubiera sido uno de sus representantes». (1)

Parece claro pues, que la vinculación de Medina al 98 fue meramente circunstancial y reducida a una amistad existente entre el autor murcia-

(1) JUAN BARCELO JIMENEZ: «Vicente Medina: notas a su vida y a su obra», *Murcia*, núm. 8, 1966, pág. 28.



no y los componentes de la generación del 98. La amistad y vinculación con Azorín, es muy conocida, sobre todo por su prólogo a *Aires Murcianos* y por una carta varias veces publicada en la que el prosista de Monóvar anima y elogia a Medina. A este respecto hay que destacar el trabajo de Valbuena Prat, titulado «Vicente Medina y la generación del 98» (2) en el que destaca el prólogo de José Martínez Ruiz —todavía no era Azorín— a los *Aires Murcianos* de 1898 y aprecia cuanto impresionó al prosista alicantino el sentido de la búsqueda de un ideal de la vida que aleja del tedio y de la monotonía cotidiana y que, según él, aparece en Vicente Medina.

Dos años antes, Justo García Morales había publicado un artículo también muy revelador en torno a las relaciones Medina-generación del 98. Lo tituló significativamente «Vicente Medina y el otro 98» y en él destaca el autor la existencia de un nuevo grupo paralelo al de la generación, que denomina «el otro 98» representado por Gabriel y Galán y por Vicente Medina, paralelo y simultáneo al representado por los escritores más conocidos (3). También ha advertido una relación con Machado el Dr. Luis Valenciano Gayá en un artículo recientemente reeditado (4).

Lo cierto, según se desprende de todas estas aportaciones bibliográficas es que Vicente Medina, aunque mantiene una relación amistosa y epistolar con escritores del 98, difiere de ellos en la forma de crear, en sus temas, etc. Sin embargo, la relación Medina y Unamuno que fue muy intensa y duradera según ha probado Antonio Linage Conde (5) suscita en el lector de ambos posibles concomitancias en el sentimiento de la naturaleza o del paisaje.

Pero además, todos sabemos que la convivencia de Unamuno con la naturaleza nace con su novela *Paz en la guerra*, pero no terminará ahí. Lo que nace en tierras vascas, continúa latiendo en el fondo de su vida castellana y luego, más tarde, en el destierro. Vemos pues tres centros básicos en la producción contemplativa de Unamuno: primero, país vasco; segundo, Castilla, y tercero, Fuerteventura.

(2) ANGEL VALBUENA PRAT: «Vicente Medina y la generación del 98», *Murgetana* núm. 20, 1963, págs. 57-58.

(3) JUSTO GARCIA MORALES: «Vicente Medina y el otro 98», *Primera Semana de Estudios Murcianos*, I, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1961, págs. 111-134.

(4) LUIS VALENCIANO GAYA: «Federico Balart y Vicente Medina: un análisis del amor y de la pena», *Anales de la Universidad de Murcia*, XV, 1956-57, págs. 139-175. También en *Estudios y ensayos sobre la vida y las vidas humanas*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1978.

(5) ANTONIO LINAGE CONDE: «Del epistolario de Vicente Medina a don Miguel de Unamuno», *Murgetana*, 44, 1976.



No sólo porque la naturaleza en su niñez «nos acompaña hasta la muerte», sino porque encontraba en la naturaleza la fuerza necesaria para seguir luchando consigo mismo y con España, para conseguir la paz eterna que simboliza en la naturaleza. Conocer sólo al Unamuno agónico es desconocerlo. Parejo a este «yo» agónico, año tras año, se encuentra su «yo» contemplativo que nace en *Paz en la Guerra* y *En torno al Casticismo*, primeras obras éstas las más importantes escritas desde su destierro en Fuerteventura y París y también en Hendaya. A la larga, esta atención al paisaje se convertirá en obsesión. Será el paisaje lo único que le lleve a la contemplación de lo eterno, lo inmutable, la infrahistoria.

Por esto, después de *Paz en la Guerra* y *En torno al Casticismo*, pasa a dirigirse al público a través de sus artículos escritos entre 1907 y 1909, que formarían luego la obra *Por tierras de Portugal y España* y los escritos desde 1911 a 1920, recogidos en *Andanzas y visiones españolas*, que son ambos notas de viaje, apuntes de paisajes sencillos y recatados que distan mucho del «yo» agónico de Unamuno y mucho más de la novela *Paz en la Guerra*. Son éstos momentos en que el «yo» de Unamuno se deleitaba en meditar y en que su alma se entregaba «en el silencio de la cima» para sentir como Pachico la quietud y la eternidad de la vida. Posiblemente la época de más tranquilidad espiritual de Unamuno tiene lugar desde 1907 a 1920 (*Por tierras de Portugal y España* y *Andanzas y visiones españolas*).

Paz en la Guerra data de 1897. Es esta la época de la crisis espiritual de Unamuno, su pérdida de fe que según A. Sánchez Barbudo, no se llegó nunca más a recuperar. Tuvo lugar su segunda crisis en París en el año 1925. Bajo ella escribió *Cómo se hace una novela*.

Estos estados de ánimo, su duda, se reflejan bien en la novela *Paz en la Guerra*. Aquí el paisaje ayuda a Pachico a descansar. Por el contrario, en *Por tierras de Portugal y España*, las descripciones de paisaje que se hacen, revelan gozo y tranquilidad. Es la «dulce huella imprecisa de la eternidad». En Fuerteventura el paisaje también está puesto como desahogo de su espíritu. «Decir campo, llanura o monte es ante todo decir soledad y silencio, alejamiento del mundo de la Historia» (Aguinaga). El paisaje, creemos, es casi una necesidad en Unamuno. En él, puede olvidarse de sí mismo y fundirse con la naturaleza. Toda su poesía está llena de descripciones de paisaje, anímicas unos, intimistas casi todas.

Para comprender al Unamuno poeta hay que leer su *Cancionero*, su *Romancero del Destierro* y *De Fuerteventura a París* desde donde el Unamuno paisajista e intimista se nos muestra en su plenitud. La me-



lancolía de Unamuno, según Juan Marichal es la melancolía de un liberal español, de una conciencia melancólica, «ese tenor, ese aire espiritual que especifica el alma de un español. El mundo hecho hombre en el *Cancionero de Unamuno*» (6).

Recuerdo dos versos de un poema de Unamuno:

*el poema escribir largo, muy largo,
que cielo y muerte, tierra y vida abarca.*

y que junto al poema «El Cristo de Velázquez» fueron escritos día tras día durante nueve años a la manera de diario poético.

En el *Cancionero*, la frontera del cielo es también de la patria y lo es por partida doble, ya que es la frontera, no sólo de España, sino del país vasco, donde ha nacido y ha sido niño. Así vemos como aparece una y otra vez el tema del paisaje en Unamuno, en su *Cancionero*. Como hombre va a ser español sin dejar de ser vasco, pero como niño sigue siendo bilbaíno. Vicente Medina, español, no por eso deja de ser en sus temas, en su poesía, murciano, archenero, y sentir su tierra, honda y dulcemente, como en este fragmento de un poema de *Aires murcianos* (pág. 49):

*Tan hermosa está la huerta
que parece una maja,
y tan hermoso está el cielo,
que deja la huerta a zaga...*

Unamuno desde el país vasco-francés contempla y sueña la verdura de su país:

*verdura de mi escasez,
mi corazón va a la cita
por si te llega la vez...
verdor de mi Vizcayita,*

(6) Para el estudio de Unamuno, consúltese: M. GARCIA BLANCO: «Miguel de Unamuno y sus poesías», *Acta Salmanticensis*, Universidad de Salamanca, 1954. *Revista La Torre*, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, año IX, núms. 35 y 36, julio-diciembre de 1961 (dedicado a Unamuno).—A. SANCHEZ BARBUDO: *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Guadarrama, Madrid, 1951.—ANTONIO DE HOYOS: *Unamuno escritor*, Diputación, Murcia, 1959.—M. MUÑOZ CORTES: «Léxico y motivos en un poema de Unamuno», *Anales de la Universidad de Murcia*, 1954-55.—C. BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo*, El Colegio de México, México, 1959.—JULIAN MARIAS: *Miguel de Unamuno*, Espasa-Calpe, Madrid, 1953.—Para el 98, Pedro Lain Entralgo: *La generación del 98*, Espasa-Calpe, Col. Austral, Madrid, 1968.—Y para la concepción del paisaje, LUIS VALENCIANO GAYA: *Vivencia e influjo del paisaje*, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Murcia, 1951. También en *Estudios y ensayos sobre la vida y las vidas humanas*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1978.



En los romances del *Romancero*, lo mismo líricos que intrahistóricos que políticos o históricos, en toda la primera parte del libro se percibe una tremenda intimidad humana en el primero. «La luna y la poesía» termina así:

*En el silencio estrellado
la luna daba a la rosa
a la luna quieta y sola.*

Unamuno se nos muestra metafísico y universal como en el poema 585 del *Cancionero* titulado «Visión de Madrugada»:

*Con los labios del agua se besaban
el lucero la rosa;
en el seno dormido de la charca
la rosa era una sombra.
Sombra de luz era el lucero, el alba
rompía perezosa;
el lucero en la rosa se abrasaba,
verde y azul coronas.*

Este poema de Unamuno es de una gran exquisitez lírica. No se puede ir más allá en la expresión del misterio natural que puede convertirse en sobrenatural a través del reflejo del agua.

Unamuno, así, se nos muestra culto y noventayochista. Por el contrario, Vicente Medina contrapone a lo culto de Unamuno, lo popular, lo rural. Unamuno es ciudadano en su poesía, Vicente Medina es poeta de la tierra, del campo. Medina es regionalista, pero también se muestra bastante ascético y metafísico, teniendo en este sentido concomitancias con la poesía de Unamuno. Medina es ascético en el sentido de sobriedad y desesperanza que le produce ver los campos yermos y secos del campo de su región murciana. Siente dolor de esa tierra seca y calcinada por el sol, tierra pobre. Esta desesperación, este dolor por la tierra que siente, también lo acerca a la generación del 98. En su poema «Nochebuena» del libro *Aires murcianos*, podremos leer un fragmento:

*Malhaya el tiempo malo,
malhaya la pobreza,
¡malahaya el que este mundo se gobierne
de tan mala manera!*

y en su poema «Cansera», pierde la esperanza:

*¿Pa que quiés que vaya?
¿Pa ver cuatro espigas
arroyás y pegás a la tierra?*



Esta tierra seca y polvorienta es para Vicente Medina lo que para Unamuno es la isla de Fuerteventura en su destierro. Sólo que Unamuno en esta isla descubrió el mar:

*Te has hecho ya, querida mar, costumbre
para mis ojos, pies, pecho y oídos.*

A Fuerteventura, su destierro, la llamaba el escritor bilbaíno «casi esqueleto de isla», ponderando su pobreza, su desnudez. Anterior a su destierro, el paisaje más querido para Unamuno era el de Salamanca. Como Archena o Murcia para Vicente Medina. Luego, la lejanía, provocada en Unamuno por el destierro y en Medina por la emigración obligada a tierras americanas, dictaban a los poetas versos de recuerdo, versos en los que la fertilidad de las tierras era añorada:

*Por volver a mi tierra tan solo,
son tōas mis ansias
¡y d'hallarme tan lenjos, la murria
me corca y me mata!*

Añorando su patria, pasó desde su destierro en Fuerteventura a París, pero París le era insufrible, por lo que fue a Hendaya, desde cuyos paseos podía ver Fuenterravía, le llegaba el aire de España. Bayona, por otro lado, le recordaba su Bilbao natal. Este sentimiento del destierro («Es el destierro mi tierra») mitigado con la proximidad, hace al poeta sentir a España, otro gran tema de los poetas del 98, de Machado y del gran bilbaíno. Aurora de Albornoz ha relacionado a los dos poetas en su preocupación por los hombres de esta tierra, en el sufrimiento de los agricultores, de los labradores que tan vivo, tan patente, está en «Cansera» de Vicente Medina, como una denuncia, como un grito de desesperación y de pobreza, tan relacionable con posturas noventayochistas:

*Anda tú si quieres,
que a mí no me quéa
ni un soplo d'aliento,
ni una onza de juerza,
ni ganas de verme
ni de que me mienten siquía la cosecha...*

La preocupación por el paisaje de Medina es en definitiva una preocupación muchas veces circunstancial, como lo es en Unamuno en gran parte de su obra. Funciona en ambos como una consecuencia de la situación anímica. En Unamuno, el dolor del destierro, o en general el sufrimiento por España, le hace sentir un paisaje especial. En Medina, ocurre otro tanto. Las posibilidades alegres, rientes de su paisaje natal



son desaprovechadas, prefiriendo, más acorde con sus temas, un paisaje árido, relacionable con el 98. Como ya advirtió José Ballester lo que predomina en Medina es «la nota persistente de tristeza, de luto, de pesimismo que es constante desde el primero hasta el último de los poemas de *Aires murcianos*» (7).

En cualquier caso, Medina nunca alcanzará la comunidad espiritual que Unamuno vive con su paisaje en poemas como este perteneciente a *De Fuerteventura a París*:

*Oh mar salada, celestial dulzura
que embalsamaste mi esperanza...
Espera aún ya que mi fe perdura
fraguado allí sobre una roca, roca
donde el mar y el cielo se hacen uno
sobre mi frente Dios pasó la mano;
con tal recuerdo mi esperanza cunó
sostiéneme en este camino vano
y alimenta a mi espíritu en su ayuno,
sostiéneme en este camino vano
y alimenta a mi espíritu en su ayuno.*

Dos visiones, por tanto, del paisaje que observan una relación y muchas diferencias, que nos ofrecen a dos poetas distintos que, unidos por una duradera amistad, también compartieron las inquietudes de una época y las dejaron ver en sus versos, en sus visiones del paisaje y de la naturaleza.

(7) JOSE BALLESTER: Prólogo a *Aires murcianos*, Athenas ediciones, Cartagena, 1970, pág. 12.

